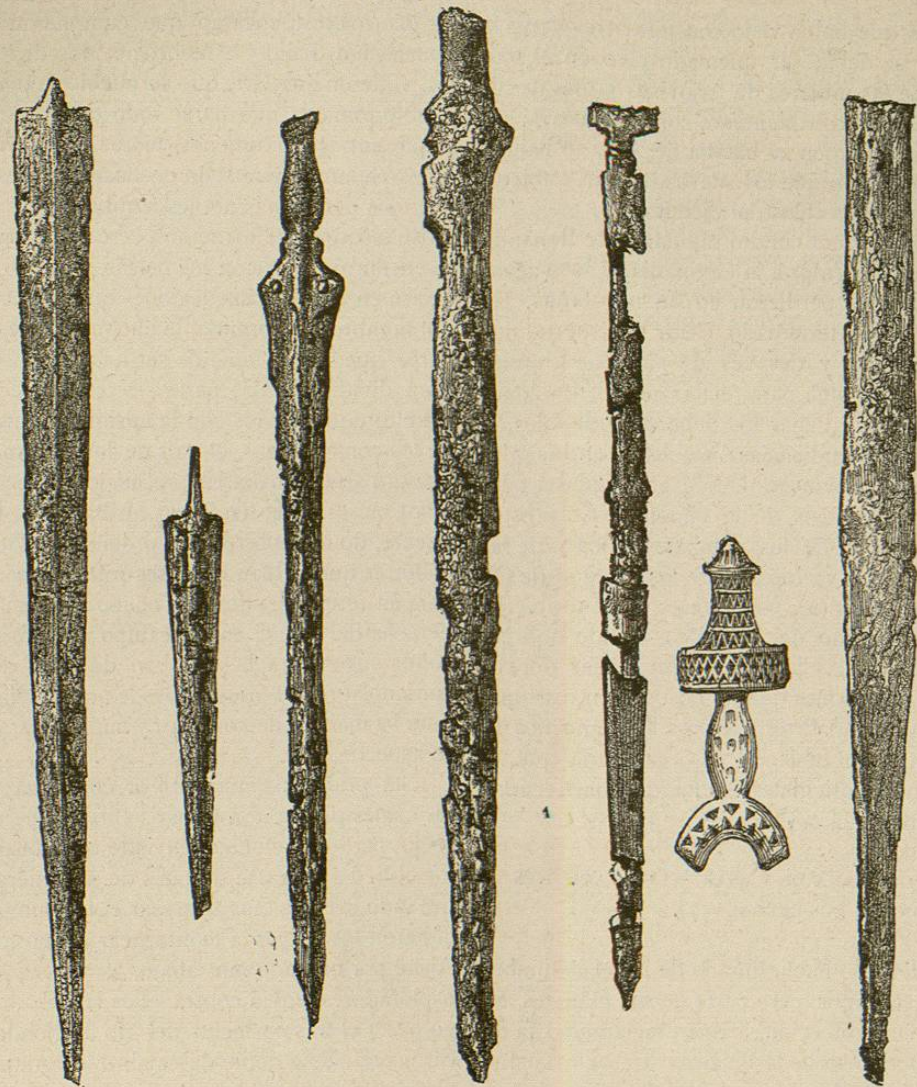


á sus hijos. De aquí pasó el procónsul á las tierras de los belovacos (Beauvais). El terror le precedía, y así, ante su más fuerte plaza, Bratuspantium (Breteuil), no encontró más que mujeres y ancianos, habiendo huido sus jefes á la isla de Bretaña. Su generosidad política concedió á ruegos del eduo Divitiac el perdón de los belovacos, como lo había concedido á los susiones á instancias de los rems. Los ambienses (Amiens) se apresuraron á entregar rehenes.

La mitad de la Bélgica estaba sometida; se habían pasado el Marne, el Aisne y el Soma, y el ejército romano no ha-

bía corrido aún graves peligros. Pero iban á comenzar muy pronto. César quería penetrar en el país de los nervios ó nervianos (Hainaut), país salvaje y casi impenetrable. Inmensos pantanos, bosques en que no se podía dar un paso sin abrirse camino con el hacha en la mano, setos vivos formados con árboles encorvados, cuyas ramas entrelazadas con zarzas y espinos cubrían el territorio de aquel pueblo, que había renegado del nombre galo para preciarse de su germánico origen. No tenían ciudades, expulsaban á los comerciantes y se privaban del uso del vino y de todo lo que parecía enervar los ánimos. Unidos con los atrébatas



Espadas de hierro (1)

(Arras) y con los viromanduos (habitantes del Vermandois, San Quintin), esperaron á los romanos detrás del Sambre (á los alrededores de Maubeuge). En el orden de marcha cada legión iba seguida de sus bagajes, y todo el ejército formaba una larga columna, que en medio de aquellos bosques era fácil cortar.

Advertidos por desertores galos, se dispusieron los nervios á sorprender las legiones una tras otra, y ocultos en un bosque esperaron que apareciera la primera. Pero á las inmediaciones del enemigo cambió César sus disposiciones. Seis legiones marchaban juntas, y las dos últimas compuestas de nuevas levadas, guardaban todos los bagajes reunidos en un solo convoy.

(1) Espadas y despojos de espadas de hierro provenientes de diferentes túmulos (Museo de San Germán).

En cuanto el ejército romano apareció en la colina y hubo comenzado los primeros trabajos del campamento, se lanzaron los nervios y pasaron el Sambre, vadeable por aquella parte. Su ataque fué tan impetuoso que «los jefes no tuvieron tiempo de ponerse sus insignias ni los soldados sus cascos. Acudiendo de los trabajos, cada legionario se colocaba al azar bajo el primer estandarte que encontraba á mano, á fin de no perder buscando el suyo tiempo precioso para la batalla.»

A pesar de los setos que cortaban el terreno impidiendo á las legiones verse y combinar sus movimientos, los atrébatas, en el ala derecha del ejército nerviano, fueron precipitados al Sambre, y los viromanduos, que ocupaban el centro, rechazados también hasta el mismo río, en cuya margen hicieron una resistencia desesperada; pero entre tanto, los nervios que formaban el ala izquierda trepaban

rodeando la colina. Por esta parte, fué tomado el campamento apenas trazado; las legiones estaban cortadas y todos los centuriones de la duodécima legión muertos ó fuera de combate. Las tropas ligeras, los auxiliares huyeron, hasta los treviro, los más bravos jinetes de la Galia, que tomaron el camino de su país propalando por todas partes que los romanos estaban vencidos, y tomados sus bagajes.

César mismo creyó perdida la batalla, y haciendo el último esfuerzo tomó un escudo, se lanzó á la lucha y ordenando la línea de batalla peleó como un soldado. Arrastrados los suyos por su ejemplo hicieron retroceder algunos pasos á las tropas nervianas, y César aprovechó el espacio que le diera aquel vigoroso esfuerzo para extender sus cohortes demasiado oprimidas y reunir poco á poco las legiones que se apoyaban unas á otras.

El combate se restableció con más orden; la disciplina y la táctica recobraron sus ventajas; la retaguardia tuvo tiempo de llegar, y Labieno, que perseguía á los atrébatas, envió en ayuda del procónsul su décima legión. Buena parte del ejército nerviano murió peleando. «De nuestros seiscientos senadores, decían á César los ancianos, no quedan más que tres; y de sesenta mil combatientes, apenas quedan quinientos» (1).

Tan bravos enemigos inspiraron estimación al vencedor. «No se debe extrañar, decía, que hombres tan intrépidos se hayan atrevido á pasar el amplio río, trepar á sus escarpadas márgenes y combatir en el terreno más desfavorable. Su bravura les hacía ver fácil la más difícil empresa» (2).

La batalla del Sambre fué una de las jornadas en que César hubo de combatir por la vida; pero su victoria puso la Bélgica á sus pies. Únicamente los aduáticos estaban aun en armas: descendían estos bárbaros de los cimbro, que medio siglo antes habían invadido la Galia. Seis mil de ellos que habían quedado á orillas del Rin en guarda del grueso bagaje de la horda, habían hecho allí asiento de pueblo estableciéndose en la confluencia del Sambre y del Mosa, adonde sin duda otros germanos fueron á incorporarse. Habían prometido su asistencia á los nervianos; pero la noticia del desastre les hizo desandar su camino. Seguros de ser atacados muy luego, abandonaron sus caseríos y se refugiaron con todo lo que poseían en la más fuerte de sus plazas. Era un macizo de escarpadas rocas que coronaba una meseta á que se llegaba por una rampa ó declive de suave pendiente de 200 pies de latitud, pero cortado por un foso y por un doble muro formado de enormes peñascos. Si se admite que esta plaza (*oppidum*) estaba en la confluencia del Sambre y del Mosa, en la montaña coronada por la ciudadela de Namur, se hallaba también defendida lateralmente por estos dos ríos.

A la aproximación de las legiones, corrieron los aduáticos con mucho arrojo á su encuentro y empeñaron ligeros combates que no impidieron los trabajos de César. En poco tiempo una contravalación de doce pies de altura y quince millas de longitud, guarnecida de fuertes, contuvo las salidas de los sitiados; después hicieron los romanos un terraplén, fabricaron manteletes y construyeron fuera del alcance de las flechas, una torre, cuyo piso superior debía dominar la muralla.

«Viéndola se reían los sitiados burlándose desde lo

(1) Hay mucha exageración en estos números, á nuestro parecer, pues muy luego veremos que los mismos nervios llegaron á hacerse temibles.

(2) Hizo más César: proveyó á las necesidades de las mujeres, de los niños y de los ancianos, que se habían refugiado en los pantanos, les dejó todo el territorio de la nación y mandó á los pueblos vecinos protegerlos contra toda violencia.

alto de sus muros y nos preguntaban qué pretendíamos hacer con tan pesada máquina y qué fuerzas la iban á mover. Pero cuando la vieron acercarse á sus murallas, se sobrecogieron de espanto y consintieron en entregar sus armas. Y tantas arrojaron á los fosos que hicieron montones más altos que los muros. Pero conservaron aun muchas, y la noche siguiente, creyendo sorprender el campamento romano, lo atacaron. Señales hechas con fuego dieron el aviso y acudieron de todas partes hacia el punto atacado (3). Cuatro mil aduáticos cayeron al pie de las trincheras, y los demás hasta el número de cincuenta y tres mil fueron vendidos el día siguiente á los traficantes de esclavos que seguían el ejército. Estos descendientes de los cimbro tenían la suerte de sus padres» (4).

Durante los últimos combates, el joven Craso que se había distinguido en la batalla contra Ariovisto, fué destacado con una legión para recorrer el país comprendido entre el Sena y el Loira, y no había encontrado resistencia: todos los pueblos de la región explorada, bajo la impresión de las ruidosas victorias de César y sin preparativos de guerra, se habían resignado á reconocer la soberanía de Roma y á entregar rehenes. Esta expedición no había sido pues más que un paseo militar.

Desde la segunda campaña (57), la Galia parecía sumisa y muchas poblaciones germánicas de la orilla derecha del Rin enviaban al vencedor humildes diputaciones para granjearse su buena voluntad. César, sin embargo, dejó siete legiones en cuarteles de invierno al Norte del Loira, entre los carnutes, los andes y los turones para vigilar á los pueblos, que si bien habían visto las armas romanas, aun no habían sentido su peso: la octava legión al mando de Galba volvió con parte de la caballería al país de los veragres, en el Valais, y recibió instrucciones para abrir al través del grande y del pequeño San Bernardo, por donde ya pasaban los comerciantes italianos, caminos breves y fáciles entre la Céltica y la Italia.

En cuanto á César, iba á emplear el invierno en arreglar los negocios de la Cisalpina, de la Iliria y de su tercera provincia, la Narbonense, donde los Pirineos han conservado un recuerdo de él, la fuente de *Vieux-Cesar*, en Cauterets (5).

IV. — TERCERA CAMPAÑA DE CÉSAR. GUERRA DE LA ARMÓRICA Y LA AQUITANIA (56)

César estaba en la Iliria, cuando supo que la legión de Galba atacada por los montañeses había corrido peligro de perecer y que toda la Armórica se había sublevado. Careciendo de trigo Craso, lo había solicitado de los pueblos inmediatos á su campamento, y éstos cargando de hierros á sus enviados, que eran caballeros romanos, habían declarado que no les darían libertad, si á su vez no les devolvía él los rehenes. Era una violación del derecho de gentes, que aquellos mismos bárbaros reconocían, y ella explica, sin justificarla, la dureza, la crueldad que el romano iba á mostrar. Los que acababan de cometer esta audacia habían invertido el invierno en formar una vasta confederación

(3) *Celeriter, ut ante Cesar imperarat, ignibus significatione facta, De Bello Gallico, II, 33.*

(4) La misma observación se nos ocurre aquí que la que hicimos respecto de los nervios. Los aduáticos siguieron como uno de los pueblos importantes de Belgium.

(5) Si todos los campamentos de César en Galia no son campamentos de César, nada impide creer que el procónsul hubiera venido á Cauterets, estación termal de los romanos, muy antigua y famosa, ya en el intervalo de una á otra de sus campañas, ya á fines del 51, después de la pacificación de la Galia y la Aquitania.

que comprendía casi todos los pueblos del litoral, desde el Loira hasta el Escalda, y pidieron auxilios hasta á la isla de los bretones. César estaba dispuesto para esta guerra, como quiera que había estudiado de antemano el país y los hombres con quienes ahora iba á pugnar, y luego al punto partieron sus instrucciones. Era preciso tomar todos los navíos galos que se pudieran encontrar, construir otros nuevos, hacer levas de remeros en la Narbonense, y contratar pilotos; luego, mientras Décimo Junio Bruto, hijo adoptivo de Postumio Albino, reunía la flota á la embocadura del Loira, sin duda en Corbilo (*Saint Nazaire*), Craso batiría el país al Sur de este río hasta el Garona. Labieno con toda la caballería legionaria, inútil en una guerra marítima, recorrería la Bélgica para contenerla y tener á raya á los germanos, dispuestos, al parecer, á pasar el Rin. Finalmente, Titurio Sabino á la cabeza de tres legiones, castigaría á los pueblos establecidos entre la embocadura del Sena y la del Rance. Cubiertas así sus dos alas y su retaguardia, atacaría de frente el mismo César al más poderoso pueblo de la Armórica, á los venetos.

Esta guerra debía ser difícil por la naturaleza del país cortado por profundas bahías y pequeñas penínsulas, más aún por el valor de sus habitantes que defendían palmo á palmo un terreno erizado de fortalezas que el flujo hacía inaccesibles á la gente y el reflujo á los barcos.

«No se podían sitiar fácilmente, dice César. Si después de penosos trabajos se llegaba á contener el mar con diques y á elevar un terraplén á la altura de los muros, los sitiados reunían sus numerosos navíos, embarcaban todos sus bienes y se retiraban á otras ciudades, donde la naturaleza les ofrecía los mismos medios de defensa. Durante gran parte del estío practicaron esta maniobra, tanto más fácilmente, cuanto que nuestra flota estaba retenida por vientos contrarios, y por otra parte navegaba con dificultad en un mar continuamente agitado por altas mareas.

»Los barcos de los venetos estaban contruidos y armados de manera que podían luchar contra todos los obstáculos que aquellos mares ofrecen. Tienen la quilla más aplana que los nuestros y así temen menos los fondos someros. Véanse en ellos vigas de un pie de escuadría aseguradas con clavos de hierro de una pulgada de espesor. Las ánclas cuelgan, no de cuerdas sino de cadenas de hierro; en vez de lonas como nuestros barcos, tienen por velas pieles adobadas en la creencia de que resistirán mejor los impetuosos vientos del Océano. En la acción, nuestra única ventaja era superarlos en agilidad. Nuestros espolones no podían vulnerar aquellas sólidas masas, y la altura de sus bandas los ponía á cubierto de nuestras flechas. En cuanto soplab el viento, se abandonaban á la tempestad y corrían sin peligro sobre los bajos, donde nuestras galeras se hubieran roto por ser de más calado.»

Cuando la flota romana apareció salieron los venetos á su encuentro con doscientas veinte naves, propias unas y suministradas otras por sus aliados. Los romanos estuvieron intranquilos durante algún tiempo, como quiera que sus espolones eran inútiles, y sus torres puestas en las galeras no alcanzaban siquiera la popa de los barcos enemigos, de modo que sus tiros de abajo arriba quedaban también sin efecto, mientras los galos no perdían una flecha. Pero el instinto militar de los romanos, les hizo encontrar contra los venetos, como en Miles contra los cartagineses, un nuevo ingenio y una nueva táctica. Imaginaron adaptar á largas pértigas guadañas en extremo cortantes con las cuales se logró cortar las cuerdas que ligaban las velas á los mástiles. Cayendo estas, quedaba inmóvil el barco; dos ó tres galeras lo rodeaban entonces, y los legionarios subían al

abordaje como en un asalto, y con fiero arrojo porque combatían á vista de César y del ejército formado en las colinas de la orilla.

Los galos perdieron así buena parte de sus barcos, y espantados de aquella maniobra intentaron buscar su salvación en la fuga, cuando de pronto calmó el viento. Como no tenían remos, no podían suplir las velas, y sus barcos, uno tras otro, fueron apresados, menos algunos que á favor de la oscuridad de la noche pudieron escaparse.

Este combate, que duró desde las diez de la mañana hasta el oscurecer, es el primero que conoce la historia en las aguas del Atlántico; y abre dignamente la lista de los tristes, pero gloriosos encuentros que habían de renovarse tantas veces á vista de aquellas playas.

Los venetos, que habían perdido lo más escogido de su nación, pidieron la paz. La paz fué cruel: todo su senado pereció en los suplicios; el resto de los habitantes, ó á lo menos, los que pudieron ser habidos, fueron vendidos como esclavos. Aquel valiente pueblo hubiera merecido que su nombre permaneciera en un país que tan bravamente había defendido.

César hacía la guerra, siguiendo su natural, que era bondadoso, pero también, según los usos antiguos, que eran crueles; de modo que se le encuentra clemente con los unos, é inexorable con los otros. Los venetos como los aduáticos, acometidos contra todo derecho se habían vengado con una perfidia, y su castigo fué igual. Pero dos pueblos valerosos perecían por haber defendido su independencia contra un imperio, al cual no amenazaban y cuyo nombre apenas había llegado á su conocimiento.

Durante estas operaciones el rey de los unelos (Cotentino) Viridovix levantaba á los aulercos ebuovices (Evreux) y á los lexovios (Auge y Lieuvín), que en prueba de su fe degollaron á su senado partidario de la paz; y en poco tiempo reunió un numeroso ejército contra Sabino. El legado había escogido el emplazamiento de su campo con la habilidad habitual en los romanos, y en él permanecía encerrado afectando temor para inspirar una confianza presuntuosa. Un día llegó un tráfuga á decir á los galos que César envuelto por los venetos llamaba en su ayuda á Sabino, y que la noche siguiente debían ponerse en marcha las legiones. Témesse que se escapen y se obliga á Viridovix á mandar el ataque, acudiendo todo el ejército cargado de sarmientos y ramaje para llenar el foso. El desertor no era sino un agente romano. En previsión de este ataque tenía Sabino sus legiones detrás del muro armadas y bien dispuestas, y los galos que para llegar á la altura ocupada por el enemigo, tenían que subir una pendiente, si suave, de unos mil pasos de larga, llegaban en desorden y sin aliento, cuando se abrieron las puertas del campamento ante una tropa de cerradas filas, que se precipitó sobre los asaltantes y los arrolló á su choque.

Muchos de ellos perecieron en tan rudo encuentro; la caballería acabó con los fugitivos, y los galos «tan prontos en dejar caer las armas, como en tomarlas, faltos de constancia en los reveses,» tuvieron que someterse á discreción del legado.

Al Sur, había recibido Craso en la alianza romana á los pictones y á los santones, celosos de la superioridad marítima de los venetos; penetrado sin obstáculo hasta el Garona, pasado el río y tomado la ciudad principal de los sociotes, ó habitantes de Sos, al Norte de Eauze. Cuando esta plaza capituló, Adietuano que la mandaba, rehusó para sí mismo el tratado y se lanzó hacia el campo romano. Ni uno de sus allegados, en número de seiscientos, vaciló en seguirlo en esta lucha desesperada, en la que, sin embargo, no pe-

reció él: Craso consintió en comprenderlo en el tratado.

Penetrando más adentro en el país, hubo de encontrar el romano enemigos más temibles. Cincuenta mil hombres que guiaban oficiales españoles hechos á la ordenanza de Sertorio, le opusieron, en vez del ímpetu de los bárbaros, una táctica enteramente romana: reconocimientos de caballería para observar los movimientos del enemigo, un campamento fuertemente atrincherado, y detrás de estas trincheras un gran ejército que rehusaba salir de ellas, á fin de que se le atacara en su posición; pero que enviaba numerosas partidas á molestar en su marcha á las doce cohortes de Craso y á sorprender sus convoyes. Craso hubiera querido atraerlos á combatir en campo raso; pero no pudiendo conseguirlo, dirigió contra el campamento un ataque que habría fracasado, si cuatro de sus cohortes no hubieran entrado en él de improviso, llegando por un largo rodeo á un punto mal defendido de la retaguardia. Al verse así sorprendidos, los que combatían por aquella parte arrojaron las armas, y las demás cohortes forzaron la otra parte del campamento, haciendo horrorosa carnicería.

Con el conjunto de estas operaciones tan bien calculadas, quedaba la Armórica domada, sometida casi toda la Aquitania, y en la Bélgica nadie se movía. Únicamente los morinos y los menapios habían dejado de prometer la paz, enviando como otros pueblos sus diputados al procónsul. César fué á buscarlos al fondo de sus bosques y de sus pantanos, pero sin poder alcanzarlos. Aquel año toda la Galia, desde los Pirineos al mar del Norte, hubo de ser recorrida por las legiones victoriosas.

Durante estas tres campañas, había hecho César otra conquista, la de su ejército, que viéndolo pagar con su persona en las marchas y en los combates se había prendado de su caudillo siempre afortunado, cuyo mando era á la vez firme y dulce. Severo en la disciplina, muy exigente en los ejercicios y en los trabajos, no pedía nada inútil y hacía la vista gorda ante las faltas ligeras. Pero no se le escapaba ningún rasgo de bravura: todos los que la probaban eran muy luego recompensados con públicos elogios, con ricas armaduras y con oro. Gustaba del lujo en las armas de sus soldados y en su traje, y alentaba los placeres. «¿Qué importa que se atavien, solía decir, con tal de que se batan bien?»

A la cabeza del ejército, entre los expertos veteranos, colocaba á los jóvenes nobles, deseosos de servir tan cerca de Italia, y al mando de un general, que cada correo enviaba á Roma el anuncio de una victoria, y cuya tienda, durante la invernada, ó entre dos expediciones, se asemejaba á una suntuosa villa de la vía Latina por el lujo de los muebles y de los festines (1). Allí encontraban toda la vida romana: la elegancia del dueño, que superaba la de todos sus huéspedes, las conversaciones alternativamente ingeniosas y graves, suscitadas á propósito de una cuestión literaria (2), ó de las cartas llegadas de Roma aquella mañana, con versos de Cátulo y la narración de las galantes hazañas de su Lesbia, la famosa Clodia *quadrantaria* (3).

Esta brillante juventud, á quien César daba todo lo que busca la juventud, gloria y placer, refería á su vez á los amigos, que habían quedado en las umbrías de Tibur, aquellas marchas prodigiosas, aquellas expediciones á países desconocidos, aquellas victorias por tierra y por mar, que ponían fin al gran terror de la república.

(1) ... *In expeditionibus tessellata et scitilia pavimenta circumtulisse* (Suet. *Jul. Cas.* 46). Tenía siempre dos mesas: una para sus oficiales, y otra para los magistrados romanos y provinciales de distinción.

(2) César compuso en la Galia sus *Comentarios*, que poseemos, y un tratado de la Analogía, que se ha perdido.

Cicerón era el eco retumbante de aquellas maravillas gálicas. Contra el odio de Clodio, la frialdad de Pompeyo y la indiferencia de los nobles, había sentido la necesidad de apoyarse en César, y había ido á él con el ardor del viajero que habiéndose levantado demasiado tarde debe forzar su ligereza para llegar antes que los otros (3).

«¿Qué acontecimientos tan prodigiosos! exclama. Era la opinión de los sabios, desde el origen de nuestro imperio, que los galos eran nuestros más formidables enemigos. En vez de provocarlos, creyeron nuestros generales hacer bastante para nuestra gloria con rechazar sus ataques. César ha llevado esta terrible guerra al corazón de la Galia, y ha reducido á nuestra obediencia á esas naciones, cuyo nombre ni siquiera había llegado á nuestros oídos. No teníamos más que un sendero en Galia; hoy los límites de aquellos pueblos son las fronteras de nuestra dominación. No sin un beneficio de los dioses dió la naturaleza á Italia los Alpes por murallas. Derrumbense ahora esas montañas: desde los Alpes hasta el Océano, no hay ya nada que temer por Italia (4).»

V. — CUARTA CAMPAÑA DE CÉSAR. — EXPEDICIONES DE GERMANIA Y DE BRETAÑA (5).

No estaba acabado todo aun, como lo creía Cicerón. «El invierno siguiente, los usipetes y los ténteros pasaron el Rin no lejos de su desembocadura. Era la causa de esta emigración, que los suevos les hacían de mucho tiempo atrás encarnizada guerra, que les impedía cultivar sus campos. Los suevos son la más fuerte y poderosa nación de toda la Germania. Dicen que forman cien cantones, de cada uno de los cuales hacen salir anualmente mil hombres armados, que en número de cien mil todos juntos, llevan la guerra al exterior. Los que quedan en el país cultivan la tierra para sí mismos y para los ausentes, y á su vez se arman el año siguiente y van á la guerra mientras los primeros vuelven á sus hogares. De este modo no se interrumpen ni la agricultura ni el hábito de la guerra. Pero ninguno de ellos posee tierra ninguna en propiedad, ni puede permanecer más de un año en el mismo sitio. Consumen poco trigo, viven en su mayor parte del producto de su caza, de la leche y de la carne de sus ganados. Este género de vida, sus ejercicios diarios y la libertad que gozan desde la infancia hacen de ellos hombres robustos y agigantados. A pesar del rigor de su clima, se bañan en sus ríos todo el año.

»A los traficantes que penetran en su país venden lo que han pillado en la guerra, y no les compran nada ni aun los caballos que estiman tanto los galos y pagan á crecido precio. Los de los germanos son malos y feos, pero ejercitándolos continuamente, los hacen infatigables. En los combates á caballo, suelen echar pie á tierra para luchar cuerpo á cuerpo; y como los caballos están enseñados á permanecer en el mismo sitio, los encuentran siempre á mano para montarlos de nuevo, si el lance lo requiere. Servirse de silla de montar les parece una molición vergonzosa, y en cualquier número que sean, no temen cargar á gruesos cuerpos de caballería.

»Al Oeste confinan con los ubienses, pueblo floreciente en otro tiempo, en cuanto puede decirse de los germanos, y más civilizado ó menos bárbaro, porque tocando al Rin tienen muchas relaciones con los comerciantes y los galos. Los suevos lo han acometido muchas veces, sin haber podido quitarles sus tierras; pero lo han hecho tributario y reducido á un estado de gran flaqueza.

(3) *Ad Quintum*, II, 15.

(4) *De provinciis consularibus*, 13 y 14.

»Los usipetes y los ténteros estuvieron también expuestos á las invasiones de los suevos, y después de haberles resistido mucho tiempo, expulsados al fin de sus dominios, anduvieron errantes por espacio de tres años á través de muchos cantones de la Germania y llegaron cerca del Rin á países habitados por los menapios, que poseían á una y otra orilla del río, campos, casas y villajos. Espantados á la aproximación de tal multitud, abandonaron los menapios la orilla derecha y se fortificaron en la izquierda, para oponerse al paso de los germanos. Estos procuraron atravesar el río á viva fuerza, y después cautelosamente; y no habiéndolo conseguido ni de una ni de otra manera, simulaban retirarse á su país para volver por los mismos pasos al cabo de tres días: entonces atacaron de improviso á los menapios, de cuyos barcos se apoderaron, sirviéndose de ellos para pasar el río.»

A la nueva de esta invasión que recordaba la de los helvecios, repasó Cesar precipitadamente los Alpes, á pesar de las nieves, y convocó ante sí á los principales personajes de la Galia, en inteligencia con el enemigo muchos de ellos: los halagó y les pidió caballería que ellos no le negaron, y luego marchó hacia el Rin con todas sus fuerzas. Los germanos le enviaron diputados, que renovaron la petición de los teutones á Mario: «Danos tierras y nosotros te daremos nuestra amistad.» Cesar, que desde el primer día se había presentado como el protector de la Galia contra las invasiones germánicas, no podía aceptar semejantes condiciones. Concedióles una tregua de tres días; pero ya el siguiente la rompieron ellos mismos sorprendiendo á la caballería gala, que perdió setenta y cuatro hombres. En esta sorpresa pereció un aquitano, cuyo abuelo había sido jefe de su pueblo y á quien el senado había concedido el título de amigo del pueblo romano: habiendo querido defender al jinete un hermano suyo, cayó sobre su cadáver, tras pasado también por el hierro de los germanos.

César hizo avanzar sus tropas en orden de batalla, é intimidados los bárbaros, le enviaron sus jefes y ancianos para justificarse de la agresión de la vispera. Creyéndose autorizado por esta traición el procónsul para no respetar en ellos el carácter de embajadores, los retuvo presos y luego atacó. Rechazada la horda hacia la lengua de tierra que envuelven en su confluencia el Rin y el Mosa, pereció casi toda. Según la cuenta de César, que como Sila, suele exagerar el número de sus enemigos y disminuir el de sus pérdidas, eran los germanos, entre hombres, mujeres y niños, cuatrocientos treinta mil. Catón quería que se entregara á los germanos el general perjuro; el senado votó nuevas acciones de gracias á los dioses.

Los jefes y ancianos detenidos antes de la batalla fueron puestos en libertad, después de ella. Pero ¿adónde ir? Su pueblo no existía ya, y los galos sólo tendrían desprecio para los vencidos: como un favor pidieron que se les permitiera permanecer en el campamento romano. ¡Cuántos asesinatos! ¡Cuántas miserias para hacer un victorioso!

Sin embargo César se espantó de los imprevistos socorros que llegaban á los galos de los países vecinos. Ya el año anterior habían recibido de Bretaña los armóricanos soldados y navíos, y esta vez la invasión de los usipetes había despertado las esperanzas de todos los pueblos recién vencidos. Para no ser turbado en su conquista, necesitaba, á su vez, aislar la Galia de la Bretaña y de la Germania, romper las relaciones de la isla con el continente y llevar á la orilla derecha del Rin el terror del nombre romano.

En diez días, con aquella prodigiosa actividad, á que sólo ha llegado otro general, Bonaparte, construyó un puente de

estacas sobre el Rin; después pasó el río y espantó á las tribus vecinas sin dar combates de grande empeño. Sólo á la noticia de su empresa, huyeron los suevos á esconderse en sus bosques. Después de diez y ocho días, pasados en Germania, como se adelantaba la estación y quería él ir aquel mismo año á Bretaña, condujo sus legiones detrás del Rin, rompió el puente y penetró en el país de los morinos, por encima del estrecho (Boulonais).

Esta expedición no había añadido un palmo de tierra al territorio de la república, pero César la había hecho, menos por Roma que por la Galia. Su objeto estaba cumplido, pues había conducido á sus aliados galos á forrajear á su vez al país de los suevos. Y luego, aun á orillas del Tíber, ¡qué de aclamaciones á la nueva de que el río misterioso y terrible había llevado un puente romano y visto pasar por encima de sus indómitas aguas los estandartes de la república!

César se proponía dar á los romanos otro asunto de admiración y orgullo con una campaña hecha «en los últimos confines del mundo.»

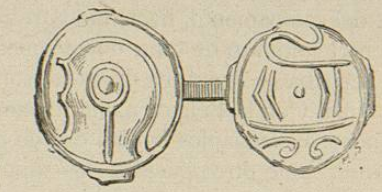
Poblada de las mismas naciones que la Galia, la Bretaña mantenía con ella frecuentes relaciones. Allí estaba el santuario de los druidas, la isla de Mona, adonde piadosas peregrinaciones llevaban del continente á todos los que querían llegar á los últimos grados del saber y de la iniciación religiosa.

Buenas relaciones con estos pueblos hubieran sido una prenda de seguridad para la dominación romana en Galia, y por eso César venía buscando de algún tiempo atrás el medio de abrir negociaciones con los bretones, que al fin se prestaron á ellas y le enviaron proposiciones de paz. Pero como el rey de los atrébatas, encargado por él de ir á la isla á establecer las condiciones, había sido aherrojado por ellos, importaba mucho á César vengar este agravio, que hubiera debilitado su autoridad y prestigio entre los pueblos galos, á dejarlo impune, y estaba resuelta la nueva campaña (2). Con esta idea, envió á Voluseno, uno de sus oficiales, á hacer en una galera el croquis de la costa bretona opuesta al litoral de la Morinia. Este oficial no se atrevió ó no pudo saltar en tierra y volvió al cabo de cinco días. Con los datos que suministró, partió César la noche del 24 al 25 de agosto con dos legiones embarcadas en ochenta navíos de transporte y algunas galeras que había reunido en Wissant ó en el Liana. Tenían muy pocos bagajes; el procónsul mismo no llevaba más que tres sirvientes.

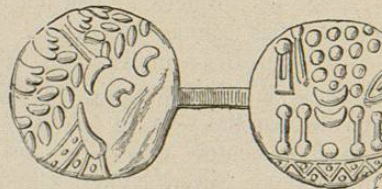
La mañana siguiente estaba á vista de la costa brava de

(1) En las dos monedas los mismos emblemas: á la derecha, supuesta cabeza; en el reverso, supuesto caballo.

(2) La Bretaña no era tan bárbara como César supone: las tribus del Sur de origen belga, al parecer, estaban bastante civilizadas para tener grandes vías de comunicación y para acuñar moneda 150 años antes de J. C. (Evans, *the Coins of the ancient Britons*, p. 31). Entre Bretaña y Galia había un activo comercio, atestiguado por el mismo César.



Moneda de los bretones, de estaño (1)



Moneda de los bretones, de plata

Douvres, cuya cresta coronaban los bretones, avisados por sus amigos galos. El desembarco era imposible por aquel punto dominado por las alturas que el enemigo ocupaba; esperó al ancla la vuelta de la marea y con ella remontó hacia el Norte, para buscar al extremo de la costa brava, la playa llana y suave de Deal. Los bretones que seguían desde la costa todos los movimientos de la flota, habían acudido ya allí, y con esto, á pesar de la protección de las máquinas que desde los navíos lanzaban una lluvia de flechas, el desembarco fué difícil. El porta-estandarte de la décima legión se arrojó al mar para arrastrar á sus camaradas, y hubo un combate en medio de las olas. Cuando los legionarios pisaron tierra firme, una impetuosa carga dispersó á los bárbaros.

César refiere que uno de sus soldados, Cesio Esceva, y otros cuatro legionarios, hubieron de alcanzar en una barca una roca á flor de agua, desde donde hostilizaban al enemigo á golpe seguro. Cuando el reflujo hizo vadeable el espacio que mediaba entre la roca y la tierra firme, los cuatro legionarios volvieron á la barca, á la cual no quiso bajar Esceva. Muy luego lo rodearon los bretones, de los cuales mató á muchos y tuvo en respeto á otros; hasta que teniendo ya una pierna atravesada por una flecha, la cara deshecha de una pedrada y roto el escudo, se arrojó en tal estado al agua y volvió á nado á su barco. Cuando se le felicitaba por su valor, sólo estaba él preocupado del sentimiento de haber perdido su escudo y se excusaba de ello con su general. César lo nombró allí mismo centurión.

La audacia de los bretones había desaparecido y solicitaron tratar, entregaron rehenes, y acudieron en multitud al campamento curiosos de ver de cerca aquellas máquinas de guerra y aquellas armas que les habían espantado tanto.

Era entonces la época del plenilunio y cerca del equinoccio, es decir el tiempo de las más altas mareas del Océano. Una violenta tempestad y la marea favorecida por un viento impetuoso dispersaron la armada, que quitaba á César la caballería, y estrelló contra las rocas de la costa sus navíos de carga. Este desastre hizo recobrar su valor á los insulares, los cuales acometieron á una legión que forrajeara y muy luego el mismo campamento.

Pero fueron rudamente recibidos y una salida los dispersó. César aprovechó su desaliento para hablar como vencedor, y exigió entonces el doble de los rehenes que había exigido antes. Después volvió sin más demora al continente en sus navíos mal reparados (1). Desaparecieron, dice un antiguo cronista, como desaparece en la orilla del mar la nieve soplada por el viento del mediodía.

VI. — CAMPAÑAS QUINTA Y SEXTA (54-53). — SEGUNDA EXPEDICIÓN Á BRETAÑA. — SUBLEVACIÓN DE LA GALIA DEL NORTE.

Esta retirada se asemejaba mucho á una fuga, para que César, cuyo mando se había prorrogado por cinco años más, no sintiera comezón de volver á empezar. Los preparativos para esta segunda expedición se hicieron con la mayor actividad durante el invierno. Había dejado instrucciones y órdenes precisas para construir navíos de un nuevo modelo: más bajos de bandas para poder adaptar á ellos remos, sin prescindir de las velas, sin embargo; más amplios y capaces, en razón del bagaje y caballería que habían de tras-

(1) 300 soldados que no pudieron llegar con el resto del ejército á *Itius Portus*, tomaron tierra más abajo y llegaron al campamento por tierra cuando fueron asaltados por 6,000 morinos. Cerrados en círculo rechazaron todos los ataques durante cuatro horas, hasta que la caballería fué á libertarlos.

portar. Lo necesario para el armamento naval vino de España.

Mientras los soldados ejecutaban estos trabajos, el procónsul tenía sus audiencias jurídicas en la Cisalpina y pasaba al fondo de la Iliria á calmar las turbulencias que podían traer una guerra por esta parte. En la primavera volvió á las costas de la Mancha á pasar revista á su ejército é inspeccionar los almacenes y la armada. Esta se componía de seiscientos barcos mayores y doscientos menores. Todo estaba dispuesto para el embarque; pero se notaban movimientos sospechosos entre los treviro, que no habían enviado diputados á la asamblea de los galos. Un patriota, Induciomaro, que le disputaba el poder á Cingetorix, partidario de los romanos, era el alma de la proyectada insurrección (2).

César se dirigió á este pueblo á marchas forzadas con cuatro legiones sin bagajes, y con esto, intimidado Induciomaro, salió de los impenetrables retiros del bosque de Ardenas, donde se había refugiado al principio, para traer al procónsul hasta doscientos rehenes, entre los cuales se encontraban un hijo suyo y sus más próximos deudos.

Terminado este asunto, volvió César á *Itius Portus* donde se encontraban reunidas sus ocho legiones y cuatro mil jinetes españoles y galos: designó cinco legiones y dos mil jinetes para seguirlo á Bretaña, y dejó el resto de las fuerzas á Labieno, que debía guardar el puerto, cuidarse de la provisión de víveres y vigilar la Galia. Entre los galos que habían de acompañar al procónsul, se contaba Dumnorix, personaje bullicioso que había desempeñado un papel en la emigración de los helvecios, de la cual salió bien, gracias á las súplicas de su hermano Divitiac. Rehúsa partir á pretexto de no poder sufrir la travesía, fuera de que su religión le prohibía pasar la mar; pero en secretos conciliábulos decía á los jefes que eran conducidos á la isla para ser allí degollados. En el tumulto del embarque, se escapó del campamento con la caballería eduana. Pero César tenía la vista fija sobre él: luego al punto suspendió la operación comenzada, temiendo que aquella fuga fuera la señal de algún movimiento general, y envió toda su caballería en persecución del fugitivo, con orden de traerlo muerto ó vivo. Dumnorix intentó resistirse. «Soy libre, gritaba, y miembro de una nación libre.» La caballería lo rodeó, y como no quisiera entregarse, fué acuchillado.

El ejército arribó á Bretaña, en los mismos parajes en que tomara tierra la primera vez, y encontró al enemigo en una posición difícil, detrás de un riachuelo y al abrigo de un profundo bosque cuyas entradas estaban cerradas con grandes troncos ó árboles cortados. Los soldados formaron la tortuga y quitaron fácilmente aquel estorbo; pero César no juzgó prudente perseguir á los bretones en la profundidad de los bosques. El éxito de este primer tropiezo prometía á la expedición pronto y fácil despacho, cuando unos jinetes vinieron á rienda suelta á participar al procónsul que parte de la armada había sido destruída por una tempestad. Tuvo César que volver atrás, y pidió á Labieno operarios y nuevos barcos; después, reparada la flota y puesta en seco en su campo, volvió á buscar á los bárbaros. A favor de este retardo, el número de ellos había crecido singularmente y estaban al mando de Casivelaun, uno de sus más poderosos caudillos.

Su manera de combatir por pelotones dispersos, en rápidos carros de que descendían para rematar al enemigo,

(2) Los nombres notoriamente gálicos de estos dos jefes prueban que los treviro no eran germanos, ó que en ellos dominaba el elemento galo.